



# EL PONCHERAZO

★ RETRATOS AL ESTILO ANTIGUO ★



**VIZTAVA**

 MINCULTURA

 **TODOS POR UN  
NUEVO PAÍS**  
POR EQUIDAD ASOCIADOS



Esta es la casa de El Poncherazo, en el Pueblito Paisa de Medellín, donde los esperamos con nuestra exhibición los 365 días del año. Si desea tomarse un 'poncherazo' consulte nuestra programación en [www.elponcherazo.com](http://www.elponcherazo.com)



Negativo de poncherazo tomado en Bogotá hacia 1950, perteneciente a la colección del Museo Vítaz.

## El Poncherazo del Museo Vítaz



Claudia Vásquez una de las voluntarias del Museo Vítaz, tomando poncherazos.

Fotoagüita, cámara minuterá, lambe-lambe, chasiretes, cámara de cajón, fotógrafo de pajarito, fotógrafo de plaza, fotógrafo de calle, fotógrafo de manga, cámara de parque, retratos al estilo antiguo, fotos como las de antes, máquina de solemnizar... Esos son algunos de los nombres que recibe ese tipo de fotografía “de antes”, una técnica que precedió a la imagen digital, tan común ahora en todo el mundo.

Preservar esa tradición fue, precisamente, uno de objetivos para crear El Poncherazo, una de las salas itinerantes del Museo Vítaz. Esta sala congrega un espectáculo didáctico, interactivo, histórico y, sobre todo, divertido. Su propósito es mantener vivo el oficio de tomar fotos a la usanza antigua y conservar tecnologías de nuestro pasado.



Parque Comercial El Tesoro. Medellín, 2015.

El Poncherazo es una puesta en escena en la que un fotógrafo muestra a los asistentes la cámara y el proceso fotográfico antiguo, al tiempo que fotografía a algunos de los presentes, quienes salen con

su 'poncherazo', y con la sensación de haber viajado al pasado, a la época en que sus abuelos se tomaron su primera y, muchas veces, única fotografía.

Con la sala de El Poncherazo llevamos a los visitantes a experimentar el pasado para que reflexionen sobre su futuro. Este espectáculo didáctico permite que los asistentes vivan la experiencia de lo que significaba tomarse una fotografía el siglo pasado. Lo realizamos con una cámara del Museo Vítaz, que preserva toda su parafernalia: trípode de madera, telón de fondo, ponchera e implementos de la época.

En el mundo de hoy, en el que todos estamos inmersos en la cultura digital, El Poncherazo atrae a grandes y chicos. Los primeros, porque recuerdan los tiempos idos; los otros, por la sorpresa e incredulidad de ver que en una caja de madera, sin tintas, baterías o energía eléctrica, se puedan hacer fotografías, y que estas se vean en papel, en blanco y negro.

Oscar Botero  
**Museo Vítaz**



Parque Educativo. Girardota - Antioquia, 2017.



Hacienda El Paraíso. El Cerrito - Valle del Cauca, 2017.



María Alejandra Cadena, Yesica Paola Céspedes y Luisa Fernanda Velásquez.

## El 'poncherazo' y su historia

Se tiene como fecha del nacimiento de la fotografía 1839. Ese año, el gobierno francés compró a Daguerre su procedimiento para fijar imágenes, y la intención era que todo el mundo pudiera usarlo libremente. Pero Daguerre no era el único que estaba en este intento. Por muchos años y por diferentes procesos, con más o menos éxito y en diferentes partes del mundo, varios investigadores habían tratado de fijar la imagen que se formaba en la cámara oscura, por esto no se conoce exactamente cuándo fue el inicio de la fotografía.

Con la fotografía sucede igual que con muchos de los descubrimientos e inventos de la humanidad: ocurren por una conjunción de sucesos tecnológicos y de necesidades de una época, no únicamente por la sola labor de un individuo de mente brillante. Por ello, varias veces la autoría de un invento es reclamado por distintos autores.

Con el 'poncherazo' sucede algo parecido: no se sabe exactamente cómo apareció esta técnica. Nuestras conversaciones con practicantes de este oficio y lecturas de distintas fuentes nos llevan a vislumbrar el siguiente camino como muy probable: ante el gran éxito de la fotografía y la enorme demanda por retratos a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, varias compañías empezaron la fabricación de cámaras que utilizaban el procedimiento fotográfico de ferrotipos o *tintypos* para producir fotografías de manera fácil y económica, en pocos minutos.

Una de ellas fue la empresa The Chicago Ferrotyp Company, de Estados Unidos, que patentó en 1913 una cámara y un procedimiento para hacer fotografías en un minuto. Fue promocionada profusamente en revistas y periódicos de países como Estados Unidos, España y Argentina, como una cámara fotográfica con la que se podría hacer "buena cantidad de dinero tomando fotografías en ferias, bazares y

120 POPULAR MECHANICS ADVERTISING SECTION



### No Plates—No Films New Camera Just Out

There is but in the very camera this world has waited for—the camera you have always wanted. No expensive method of making pictures. No need of plates or films. The new, amazing invention enables you to see, expose, fix, print, and deliver your own pictures in one minute. Think of it! Finished pictures made in a minute's time—value and delivered right on the spot.

#### The "Mandel-ette"

A new and unique camera. One of the best of camera-taking without the usual labor and expense. This new and unique camera, made and finished in the manufacturing plant of the Chicago Ferrotyp Company, is a simple, compact, and easy to use camera. It is made of metal and is of the most durable construction. It is a simple, compact, and easy to use camera. It is made of metal and is of the most durable construction. It is a simple, compact, and easy to use camera. It is made of metal and is of the most durable construction.

#### Special Money Back Offer

We are the largest manufacturer of the "Mandel-ette" camera, and we are offering a special money back offer. If you are not satisfied with your "Mandel-ette" camera, we will give you a full refund of your money. This offer is good for 30 days. If you are not satisfied with your "Mandel-ette" camera, we will give you a full refund of your money. This offer is good for 30 days.

#### \$5.00 Complete Outfit

Includes the camera, lens, and accessories. Add \$1.00 for Parcel Post.

#### Free Book

Write for this book. Learn all about the new and amazing process of taking and developing pictures. The "Mandel-ette" camera is a simple, compact, and easy to use camera. It is made of metal and is of the most durable construction. It is a simple, compact, and easy to use camera. It is made of metal and is of the most durable construction.

THE CHICAGO FERROTYP COMPANY  
4117 Broadway Bldg., Chicago, Ill., at Dept. A, 112 Fulton St., Bldg. 49-51 Delaware St., New York, N.Y.

Popular Mechanics - mayo 1914, página 120.

parques", "no es necesario que quien la utilice tenga conocimientos previos de fotografía y hasta un niño puede hacer fotos con ella", y "todo el proceso se lleva a cabo en el interior de la cámara y se puede entregar la foto en un minuto al cliente".

Esta cámara utilizaba un proceso fotográfico conocido como ferrotipo o tintipo, el cual permitía tomar y revelar fotos rápidamente, además de brindar una fotografía en positivo para entregar al cliente; algo diferente a la fotografía clásica que en ese momento se estaba tomando el mundo y que producía un negativo a partir del cual había que hacer copias para obtener un positivo.

Las cámaras Mandel se distribuían en Argentina y, posiblemente, en otros países de América Latina. Nuestra hipótesis es que algunas de estas cámaras llegaron a manos de fotógrafos, quienes, ante la dificultad y los altos costos de importar de Estados Unidos los mate-

riales (papel y revelador) necesarios para el ferrotipo, reformaron la cámara, gracias a sus conocimientos de la técnica fotográfica, y la adaptaron para utilizarla con el proceso de fotografía convencional de la época; es decir, empezaron a utilizar el papel fotográfico que conseguían en el mercado local. De esa manera habría nacido la cámara y el proceso del 'poncherazo'.

Desde el momento en que surgió la adaptación del sistema que utilizaba la cámara Mandel, solo habría un paso para empezar a copiar dicha adaptación en cada comunidad. Así, este tipo de fotografía se expandió y popularizó en todo el continente. Cientos de personajes vieron en el 'poncherazo' una actividad lucrativa, y se convirtieron en fotógrafos de 'poncherazo' para suplir las necesidades de gran cantidad de personas que estaban esperando por una fotografía barata y rápida, en una época en que la mayoría no se habían tomado su primera foto.

Cada localidad le asignó un nombre a este proceso. En la región paisa de Colombia se le llamó 'poncherazo', por la ponchera o platón en el que se lavaba, o 'fotoagüita' en otras regiones de Colombia; en el sur de nuestro continente y en España, 'cámara minuterá' (por la expresión: "te la entrego en un minuto"); o 'fotógrafo de manga', en Ecuador (porque el fotógrafo operaba el revelado a través de una tela, similar a la de la manga de un saco).

En cada región se hacían estas cámaras con lentes y pedazos de cámaras de producción comercial, con la madera y el diseño adaptado a las circunstancias locales; por eso no hay un solo tipo de cámara para esta clase de fotos. Dicha técnica fue una adaptación y apropiación tecnológica que se realizaba en pequeños talleres o carpinterías artesanales. Así mismo, también se desarrollaron variantes metodológicas y de procesos fotográficos, entre ellos:

- La que producía un positivo directamente utilizando papel de positivo directo.

**MODELO 1912**  
El más perfecto y artístico aparato para tomar inmediatamente el plano desde 1500 pesetas.

# ANGI



## Gane mucho dinero

es un nuevo negocio. Sea usted fotógrafo de un minuto, **NO SE REQUIERE EXPERIENCIA**. Sea usted independiente. Sea propietario de su propio negocio. Cientos de personas se están enriqueciendo por medio de este proceso maravilloso. Hechos hechos **DIRECTAMENTE SOBRE TARJETAS POSTALES, revelados y entregados en un minuto, SIN CÁMARA OSCURA, SIN PLACAS NEGATIVAS, SIN PELICULAS.**

**LA MÁQUINA PARA POSTALES "MANDEL"**  
es una nueva cámara maravillosa para hacer retratos en estilos diferentes (tarjetas postales ó bo-tones). Esta máquina maravillosa le entrega ganancias inmediatas.

**SE GANAN FACILMENTE DE 20 A 50 PESETAS DIARIAS**

Con la máquina para tarjetas postales Mandel ganará usted mucho dinero en carnavales, fiestas y en todas ocasiones especiales, siguiendo las instrucciones que le enviaremos con el aparato. Empiece a ganar dinero tan pronto como recibe la máquina. El CATALOGO número 204 se envía **GRATUITO A SOLICITUD**. Escriba hoy mismo.

**MELCHIOR, ARMSTRONG & BESSAU**  
BERLIN S.W. FRIEDRICHSTRAÙE 204

Periódico ABC. Madrid, España - 17 de octubre de 1913, Página 19.



Fotografía familiar de los años sesenta, se alcanzan a ver los fotógrafos de El Poncherazo que trabajaban en el Santuario de Las Lajas.

- La que producía negativo en papel que se debía fotografiar con la misma cámara para obtener el positivo que se entregaría al cliente.
- La que tenía en su interior una cámara de 35 mm, y cuyo negativo, debido a su pequeño tamaño, debía aumentarse con una ampliadora que contenía la cámara (este proceso no lo hemos visto referenciado en libros ni textos, lo conocimos en un viaje de investigación por la serranía ecuatoriana).

En el Museo Vítaz hemos reconstruido diferentes cámaras y procesos, usando los materiales y técnicas de esas épocas; así, hoy tenemos en funcionamiento y exhibición varios de estos tipos de cámaras y procesos, que mostramos a nuestro público en nuestras itinerancias o en nuestra sala museal de El Poncherazo, en el marco de la plaza del Pueblito Paisa en Medellín. Allí los esperamos los 365 días del año.

La intención de continuar fortaleciendo nuestro museo sigue su plena marcha; por esto, si usted tiene o tuvo un familiar que se dedica a este oficio, o si tiene 'poncherazos' o información relativa a esta técnica fotográfica, le agradecemos que se comunique con nosotros al correo electrónico [vitzaz@une.net.co](mailto:vitzaz@une.net.co).



Patricia Zuluaga y amigos, en los años setenta.

## El cuento de *El Poncherazo*

Mauricio López

Si hoy se le pregunta a la gente qué significa un “poncherazo”, van a dar los más diversos significados, pensando en ese recipiente ancho y aplanado que en Antioquia llamamos “ponchera”: no faltará para quien el “poncherazo” se refiera a la recogida de plata para algún asunto; otros hablarán de los baños que debían darse con agua recogida en esos anchos recipientes, y otros más dirán que un “poncherazo” es cuando te dan un golpe en la cabeza con una ponchera. Muy pocos recordarán, con esta palabra, esas fotos viejas para las que era necesario posar durante varios minutos, sin mover ni un músculo y, sobre todo, sin parpadear. Tan solo a uno que otro que sobrepase de largo el medio siglo se le ocurre hablar de los fotógrafos ambulantes que hace más de 40 años recorrían las plazas y los parques de Medellín, con una especie de cofre de madera al hombro. Una caja con trípode, a la manera de un calamar domesticado por la muerte.



Eran los tiempos de esos últimos hombres que lograban capturar imágenes en cajas de madera para luego entregarlas a sus dueños, tras un par de minutos, como por arte de magia. La era del “poncherazo”, esa fotografía de imágenes difusas y rancias, había sucumbido, primero, a la del revelado en una hora y luego a la digital,



Fotografía de León Ruiz de la serie Retratos de cuerpo entero. 1981, perteneciente a la colección del Museo Vítaz.



a la imagen nítida y en colores vivos. El fin había llegado para los ambulantes de pantalón de paño y sudor en la frente.

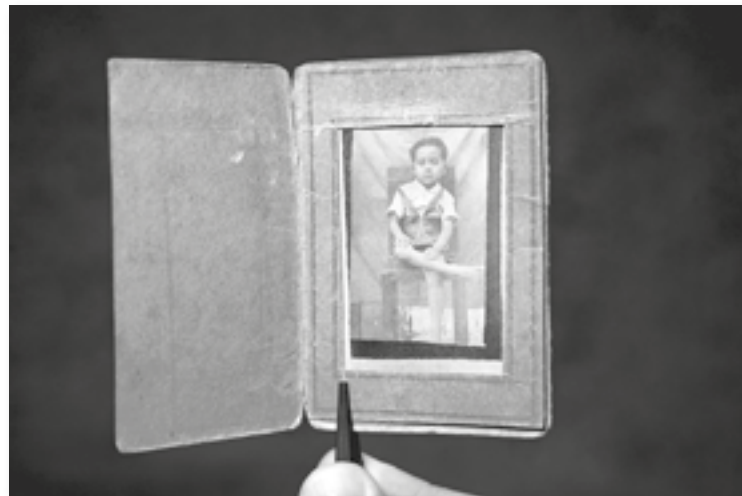
Aquellas fotografías eran conocidas como “poncherazo”, “fotoagüita” o “foto minuteru”. Esta tradición dejó fotos añejas de niños con poncho, machete y sombrero de charro mexicano; señoras emperifolladas con la cara cubierta de maquillaje; señores bien puestos, de mirada altiva y mostacho prepotente; o parejas de enamorados atrapados en un cursi corazón, el cual se coronaba con alguna leyenda cliché, como “te amaré por siempre” o “el amor de mi vida”. Don Gonzalo Parra tiene 67 años y se la pasa en la Plaza Botero, recorriendo el sitio de esquina a esquina, en busca de turistas sonrientes. Él, quien aprendió la fotografía de su padre Ramiro, fue uno de los últimos artistas del “poncherazo” en Medellín, pero desde hace más de 25 años debió aceptar el destino y añadirse a la legión de los fotógrafos digitales. Vendió su vieja cámara de caparazón de madera y se compró una Nikon, una avanzada y silenciosa máquina que tiembla en sus manos enfermas de artritis.

“Fue muy duro el cambio, pero era pasarse o morir de hambre, pues la gente prefería lo rápido y económico, y con razón”, expresa el viejo, y añade con fina ironía: “Vea usted, ese cajón de madera que tanto queríamos se convirtió en el ataúd de la fotografía antigua”.

Don Gonzalo sigue deambulando por el centro de Medellín en busca de clientes para obturar su cámara, pero todavía carga su frasco de revelador —o la “droga”, como le decían antes— en su morral, para recordar ese prolífico pasado. En ese entonces, los celulares eran cosas de ciencia ficción y la gente apreciaba más el arte de pasear, de “juniniar”; o buscaban afanosamente a los fotógrafos “minuteros” para completar sus hojas de vida o realizar el trámite de la cédula.

Ya nadie pone “cara de ponqué” ni dice whisky. Ya nadie mira el “pa-jarito”. La nueva fotografía es veloz y efectiva, y las fotos se reciben por correo electrónico o se cargan en una USB.

Medellín, 2015.



## La calle de los fotógrafos

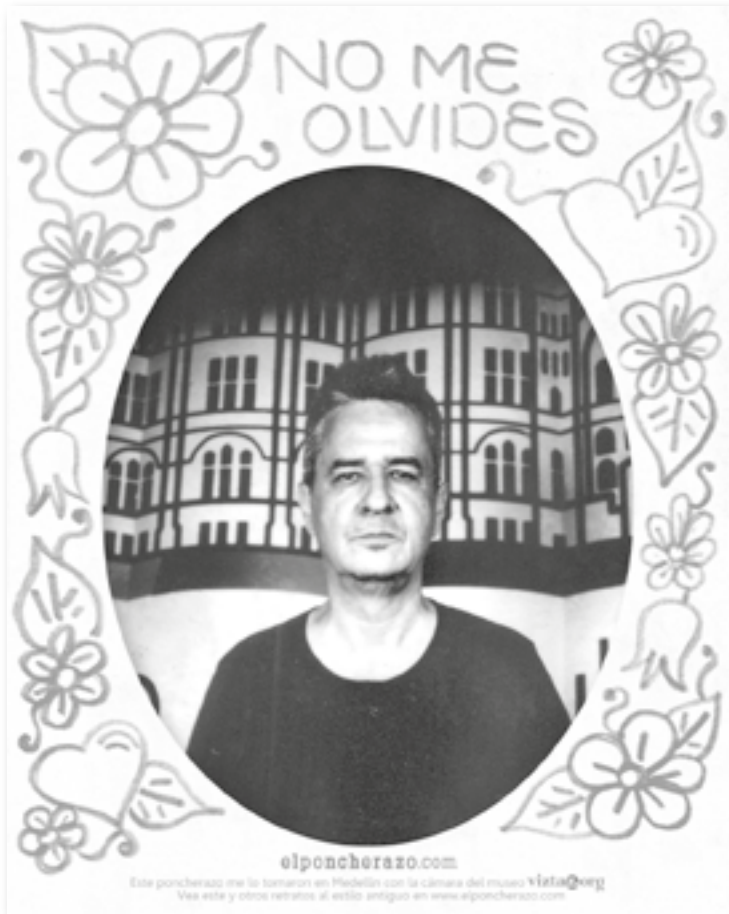
Jaime Aguilar

**H**asta hace algunos años el barrio Guayaquil, esa “ciudad dentro de otra”, era el corazón de Medellín, sus calles pululaban de gente. En sus bares se reunían los campesinos que llegaban de los pueblos, en ellos Gardel era el dios y allí estaban levantados sus altares.

Del grupo de fotógrafos que trabajó alguna vez en los alrededores de la antigua Plaza de Mercado de Cisneros solo permanecen don Jesús Ospina, el *Mister* y el *Grillo*. Consumen sus últimos días viendo pasar a la variada fauna de seres que habita en las pensiones y en las calles de lo que queda del barrio Guayaquil: putas, travestis, mendigos, rateros y rebuscadores de toda índole.



Don Jesús sigue madrugando todas las mañanas a armar su máquina, al pie de los locales comerciales de la calle Amador, entre carreras Carabobo y La Alhambra. La máquina es un rústico cajón de madera, sostenido por un trípode, que a la vez es cámara y laboratorio, lo que permite entregar las fotografías un momento después de haberlas tomado. El interior del cajón funciona como cuarto oscuro. En él, sus dueños mantienen el papel y los químicos, vertidos en dos pequeñas latas de sardinas.



Jaime Aguilar Maya.

Poncherazo tomado en la Plaza Botero, 2017. Archivo: vizta.org

Los fotógrafos de cajón de Guayaquil se llamaron a sí mismos, durante muchos años, fotógrafos instantáneos. Pero, según cuenta Rivillas, en una época un fotógrafo al que llamaban El *Matador*, y que había sido policía, lavaba las fotografías en una ponchera de peltre. Un locutor de La Voz de las Américas, contertulio del bar La Canoa, a donde iban muchos de los fotógrafos a tomarse un aguardiente entre foto y foto, por mamarles gallo a sus amigos, invitó a sus oyentes a que fueran a Guayaquil a tomarse un *poncherazo*. La bola se regó y, desde entonces, todo el mundo los conoce como los fotógrafos del *poncherazo*. En otras regiones de Colombia a este tipo de fotografía le dicen “fotoagüita”.

### Del campo a la ciudad



Todos llegaron hace muchos años de algún pueblo, como aprendices de los más diversos oficios. Trabajaron como peluqueros, albañiles, carpinteros, vendedores de frutas o predicadores del evangelio. Eran campesinos acostumbrados a trabajar como agricultores, llegaron a la fotografía después de un sinnúmero de azares. La magia de ese arte los atrapó y ahí se quedaron.

Hoy persisten en su oficio, por la fuerza de la costumbre, porque ya están muy viejos para aprender un nuevo arte y volver a empezar.

Piensen morirse al pie de sus cajones, como ya se han muerto tantos: don Segismundo Durán murió inválido y con más de 90 años, el último noviembre; Marquitos murió hace un año, cuando estaba a punto de cumplir un siglo de vida.

### Aprendiz de mago

Don Jesús Ospina aprendió a “hacer gente” viendo trabajar a los fotógrafos de la vieja guardia: Fidel Guevara, don Lolo, Luis Flórez, Samuel Bedoya, Rivillas... Construyó un cajón elemental, copiando de memoria las máquinas de los veteranos; compró papel y se fue para su casa a ensayar. Estuvo retratando a su mujer durante varios días, antes de ver aparecer las primeras fotografías de calidad.

En esa época, cuando existía la Plaza de Mercado, los tranvías bajaban por la calle Amador y los trenes llegaban hasta la estación del Ferrocarril de Antioquia: “Había mucho trabajo, uno llegaba a las seis de la mañana y encontraba esto lleno de gente esperando. Teníamos que decirles que aguardaran hasta que acabara de amanecer y hubiera suficiente luz para retratarlos. Lo mismo sucedía por la noche, se quedaban muchas personas sin retratar cuando oscurecía. Éramos como 28 fotógrafos y había trabajo para todos, a diario. Durante la semana trabajábamos aquí en Medellín, y los fines de semana viajábamos a los pueblos”.



## Fotógrafos del día blanco

A pesar de sus setenta y un años bien trajinados, don Jesús es una persona fuerte y saludable, que no aparenta esta edad. Es un mestizo de cabello muy negro y abundante. Habla con modales lentos y corteses de los tiempos en que comenzaba como fotógrafo y no existía, todavía, carretera para viajar a la mayoría de los pueblos del departamento.



Anduvo por Ituango, Anorí, Santa Bárbara, Ebéjico y Urabá. Armaba su cámara de cajón en las plazas de los pueblos los días de mercado o en las temporadas de primeras comuniones y confirmaciones. Había mucho trabajo. “Valía la pena arriesgarse a caminar un día entero con una máquina de estas a la espalda, porque uno regresaba con buena plata en el bolsillo. Uno podía irse con plata prestada o fiar material. Muchas veces nos fiaban hasta el hotel y la comida porque los dueños sabían que conseguíamos con qué pagarles”.

## Retiro forzado

Cuando se retiró, Rivillas era uno de los fotógrafos más antiguos de Guayaquil; trabajó en la esquina de la calle Amador con Carabobo durante más de 40 años. Desde hace dos meses guardó su cámara, está enfer-

mo y a la espera de una delicada operación. Se pasa los días acostado, viendo televisión o escuchando radio, encerrado en la pieza del Hospedaje Riomar, donde ha vivido por más de 25 años. Rivillas comparte su cuarto con Romelia, la compañera de sus últimos años. El lugar es estrecho y mal iluminado. En un cuadrado de tres metros de lado se amontonan los escasos enseres de la pareja. Una cama de matrimonio ocupa más de la mitad del espacio. De las paredes cuelgan la ropa, los trastos de cocina y varias imágenes religiosas. La cocina está situada dentro de la misma habitación: encima de una repisa empotrada en la pared del frente de la cama se encuentra una parrilla de dos puestos. A su lado, en un rincón, en medio de las ollas y los utensilios de cocina, hay un pequeño televisor en blanco y negro que permanece encendido día y noche. El vapor de la comida que desprenden las ollas del fogón se mezcla con el olor a encierro y a sudores antiguos.

En el Hospedaje Riomar uno siempre se encuentra con alguna mujer parada en la puerta o sentada en las empinadas escaleras de madera, esperando a que un desconocido la invite a “hacer un rato”. Al final de las escaleras hay una segunda puerta que permanece cerrada con llave por miedo a los ladrones. Al entrar se lee un aviso: “se alquilan piezas y camas”. La vieja casa de paredes de tapia es un refugio de hombres solos. Sus huéspedes son trabajadores de la calle que han vivido allí durante años, siluetas que se pasean en silencio por los corredores oscuros.



## Fotografías de tiempo



Rivillas comenzó su vida de fotógrafo trabajando como pregonero en el gabinete de don Pedro Nel, Foto Colombia. Su trabajo consistía en promocionar las fotografías, parado en la puerta del estudio: “A la orden, las fotografías de tiempo, a la orden...”, decía. A los pocos meses había descifrado los misterios del oficio y decidió independizarse. “A mí me gustaba mucho el aguardiente, una vez tuve un gabinete y me lo bebí enterito”, recuerda Rivillas con su voz pedregosa y cansada. “Yo había visto a los fotógrafos instantáneos que trabajaban en la calle, al frente del gabinete de don Pedro Nel. A todos les iba muy bien, no daban abasto, muchas veces la gente tenía que hacer cola para que la retrataran. Me puse a pensar, si estos tipos viven de eso, ¿por qué no puedo vivir yo también? Entonces, compré un cajón por siete pesos, se lo compré a un viejito Patiño. Así empecé, sin que nadie me enseñara, viendo trabajar a los demás”.

### De casa en casa

“El primer trabajo que hice fue en una salida a Caldas, a unas primeras comuniones. Las fotografías me quedaron muy malas, unos quedaron sin cabeza, otros sin pies, otros desenfocados... con el tiempo aprendí”.

“Viajé mucho por los pueblos, íbamos a las ferias y a las fiestas patronales. Me gustaba mucho ir de casa en casa ofreciendo las fotos. Los campesinos eran muy noveleros y hacían retratar a los niños y a toda la familia. Eso también se acabó cuando apareció la fotografía en color. A los montañeros no les gustaba sino el color. Ya se perdía la ida a un pueblo, no se pudo volver a viajar”.



### El fin

“Primero llegaron los telescopios y después la fotografía en color. En las primeras comuniones y confirmaciones nadie volvió a hacer retratar a un muchacho en blanco y negro. La gente le fue cogiendo vergüenza a las fotos que nosotros tomábamos, pero seguimos trabajando. Aquí en Medellín todo el mundo necesitaba sacar fotografías para los documentos y, gracias a eso, estuvimos ocupados durante varios años. Entonces, llegó esa plaga de los laboratorios comerciales que sacan 15 fotografías instantáneas por quinientos pesos, ilo mismo que nosotros cobramos por tres o cuatro fotos! Hasta ahí llegamos, eso nos acabó de enterrar. Nos quedamos con los brazos cruzados”.

Aún toman una que otra foto a algún desempleado sin esperanza que necesita presentar otra hoja de vida. “Esto se acabó. Yo no soy un fotógrafo; soy un atorrante que se gasta los días aquí parado, cuidando un cajón”, dice con amargura el Mister.

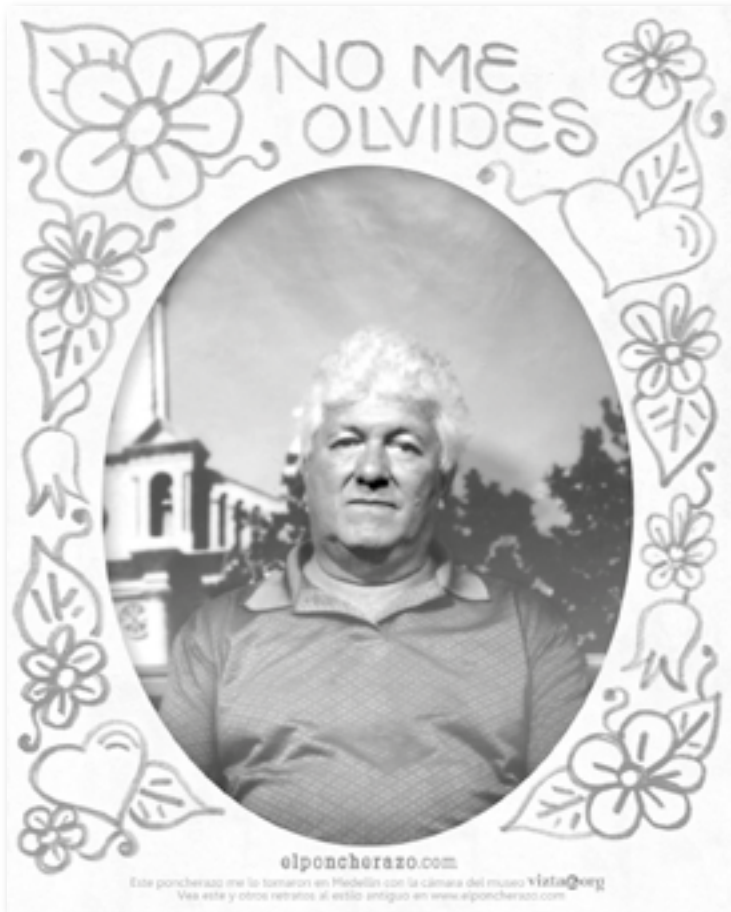
Medellín, 1989.

Juan José Hoyos

Afuera, junto a la puerta, hay una jaula colgada de un parasol de lata. Tres pájaros saltan nerviosos; el sol levanta nuevos colores en sus plumas verdes, azules, amarillas, y en sus colitas rojas. Junto a ellos está un hombre de sombrero que pasa todo el día sí, parado, junto a un estante de vidrio con cajas de dulces y turrone, galletas envueltas en papel celofán, chicles de todos los sabores, cigarrillos, chotos. En la jaula, un letrero: “Se vende”.

Sobre el piso hay un racimo de plátanos verdes, también para la venta. Y a unos pasos un mico encadenado a un poste de la luz y otra jaula con un pájaro de colores muy vivos –tiene plumas negras, anaranjadas, amarillas–. Parece un tucán. Los dos animales pueden correr la misma suerte de los plátanos o de los dulces si, antes de las seis de la tarde, resulta un comprador.

Es la cafetería de doña Juana, un bar de la calle Amador donde venden bizcochos, fritan chorizos y venden también café con leche,



Juan José Hoyos.

Poncherazo tomado en la Fiesta del Libro de Medellín, 2016. Archivo: vizta.org



Medellín, 1984. Muestrario de un fotógrafo de poncherazo. Fotógrafo: Jaime Aguilar.



Medellín 1977. Fotógrafo tomando poncherazo. Fotógrafo: Digar.

cerveza, tinto y aguardiente. Desde las mesas pueden verse, al otro lado de la acera, los muros derrumbados de la vieja plaza de mercado del barrio Guayaquil, convertida, ya sin techos y sin gente, en un parqueadero de carros también viejos.

En la rocola de la cafetería de oye una canción muy triste de “Los Cuyos”; flota en el ambiente un olor incierto a cerveza derramada, a pandequesos calientes, a frutas podridas, a aguardiente de la víspera y a orines.

Dos hombres se abren paso entre la gente que camina por la calle Amador, para poder entrar a la cafetería. Uno de ellos lleva una lora entre un costal de fique. El animal aletea inútilmente y lloriquea, y luego llena con sus gritos el local. Los hombres encuentran, por fin, una mesa libre y se sientan a tomarse un par de cervezas frías, para calmar la sed.

Son las nueve de la mañana y en la puerta de la cafetería y hasta en su interior ya comienza a hacer calor porque el sol está dando de lado contra la fachada. El tipo de los pájaros, afuera, compone un parasol de cartón para no arderser la cara.

A unos pasos del rincón donde la lora sigue llorando en el costal, hay un señor vestido de gris y cabellos, bozo y patillas también grises. El viejo está sentado junto a una mesa en la que brilla, con un color plateado que parece inverosímil a esa hora, una copa llena de aguardiente. Tiene la cara roja y está hablando, mientras mira a la gente que pasa por la calle. A veces mira también el costal y la lora.

“Por ahí pasaba el tranvía” dice, alzando la mano para señalar la otra acera. “Y ahí comenzó toda la historia, sobre los rieles del tranvía, que quedaban al otro lado de la calle. En esa época la ruta del tranvía era por ahí, por donde va esa viejita, y cuando nosotros veíamos venir ese armatoste, teníamos que salir corriendo con las cámaras, para dejarle libre el paso, porque trabajábamos sobre los propios rieles”.

El hombre de llama Juan de la Cruz Rivillas y nació en Neira (Caldas), hace más de medio siglo. Está trabajando como fotógrafo de calle –en Medellín, la gente les dice “fotógrafos de cajón”– desde hace más de treinta y cinco años. Y es, junto con do Segismundo Durán, el fotógrafo más viejo del barrio Guayaquil.

Rivillas se toma el aguardiente de un solo golpe, sin hacer ningún gesto, y agrega:

“Había un chofer de tranvía que era muy conocido de nosotros y, cuando pasaba, paraba el tranvía y se quedaba aguardando que termináramos de tomar la foto para seguir con su viaje y no hacer parar a los clientes ni obligarnos a nosotros a mover muy rápido esos aparatos... porque ¿sabe una cosa? El secreto de las cámaras está en la llevada a guardar... tiene que ser como llevando a la novia, porque si no se descuadran muy fácil y le empiezan a salir a uno todas las fotos desenfocadas: eso me lo enseñó un fotógrafo italiano y por eso tengo enterito ese cajoncito desde que comencé a trabajar este oficio, hace casi cuarenta años. Nunca he tenido que arreglarlo. Solamente le he cambiado la madera, cuando la pudren los químicos. No se le olvide: el secreto está en la llevada a guardar...”

“Nosotros inventamos la ‘Polaroid’ en los años cuarenta”, agrega Rivillas. “Yo hice una de las primeras cámaras y la bauticé ‘La Foto Ya’, porque ahí no trabajábamos como en las fotos de tiempo. La puse así porque venía un tipo a tomarse una foto y yo le decía: ‘No se vaya que ya está... ya’ y a los diez minutos le entregaba lista una foto que no se borra ni se mancha y que el cliente la puede guardar, si le da la gana, hasta un siglo...”

Rivillas pide otro aguardiente, golpeando su copa de vidrio contra la mesa, y se toma el trago de una vez. Luego dice:

“Pero ‘eso’ eran otros tiempos... Cuando eso, no se habían incendiado ni la plaza de mercado ni la farmacia Pasteur ni se habían llevado de aquí la estación del Ferrocarril de Antioquia ni los pro-

veedores de grano. En esa época todo el mundo tenía que pasar por esta calle, porque aquí venía a mercar todo el mundo, y nosotros nos parábamos ahí, sobre los rieles del tranvía, a tomar fotos. Éramos como veinte o veinticinco tipos, y a todos nos caía trabajo. Aquí había gente que, con una camarita como la mía, era capaz de sostener hasta ocho hijos y dos mujeres. Hubo uno al que le alcanzó la plata y la verreaquea hasta para sacar tres hijos profesionales con un cajón de esos...”



Medellín 1957. Ana Elvia Herrera y José Lotero.  
Fotógrafo: Por identificar.  
Propietario: Gildardo Lotero H. Archivo: vitzaz.org.

“Pero ahora”, agrega Rivillas, con el sabor del aguardiente todavía en la boca, “ahora, Ave María Purísima... Ahora ya no quedamos en esta calle sino cinco fotógrafos y eso porque algunos le revuelven al oficio la venta de mercancías o la barbería o la electricidad. Y a duras penas, en el día, sacamos la platica justa para pagar la noche en la pensión y pagar la comida y el aguardientico, que tampoco puede faltar... Segismundo, por ejemplo, trabaja en la barbería y en zapatería. Jesús vende mercancías dos o tres días a la semana, cuando la cosa se pone muy mala. Víctor es electricista graduado. Yo soy el único que me he quedado aquí, solo, dándole la cara a



estos tiempos de miseria... y no me muevo de aquí porque no quiero hacer nada más en la vida y si me consigo dos pesos me los consigo aquí, tomando fotos de carné y fotos de amor”.

Mientras llega el nuevo servicio que Rivillas ha pedido golpeando la mesa con su copa, una mujer morena, que acaba de entrar a la cafetería de doña Juana, se para a mirarlo, con las manos puestas sobre la cintura. Rivillas aprieta la copa con los dedos quemados por las mismas sustancias químicas que guarda en poncheritas pequeñas, en el vientre de su cámara de cajón, y que le han manchado las uñas, dejándoselas del mismo color de las de un fumador. Luego, mira a la mujer con una sonrisa. Ella continúa parada junto a la mesa, sin moverse, y después dice:

“Ya se puso a tomar... y todavía no son siquiera las diez de la mañana...”

Él la mira, sonriendo todavía, y dice, alzando las manos para abrazarla: “Hola secretaria...” Luego explica: “Yo soy el único fotógrafo callejero del mundo que tiene secretaria. La conseguí nueva hace más de diez años (ya ni me acuerdo cuándo) y véala ya cómo se me está poniendo...”.



La mujer morena acepta con desgano la caricia de Rivillas y, después, le dice al oído, con algo de tristeza, con algo de ternura: “¿Me regalás plata para tomarme un fresquito?”.

“Siéntese, hija, donde quiera, que a mí aquí me fían hasta esta fonda...”

Antes de irse a trabajar con la cámara, refunfuñando, la mujer vuelve a hablar:

“Hoy no vamos a hacer ni para pagar la pieza...”.

Rivillas la mira salir con la misma sonrisa con la que ha recibido esa mañana el mundo y la vida.

“A mí lo único que me hace daño en esta vida es la falta de aguardiente”, dice. Y alza la copa, de un color plateado inverosímil. “Ave María. Yo no sé qué haría sin el aguardiente y sin la secretaria... sobre todo cuando estoy enguayabado: yo enguayabado no soy capaz ni de recortar una foto con unas tijeras. Y mientras me tomo los primeros aguardientes para calmar los nervios, ella me reemplaza. Porque aquí la cosa es muy verraca, aquí con capaces de quitarle a uno un cliente aunque lo tenga ya peinado y sentado para tomarle la foro. Aquí, si uno se descuida, le quitan el cliente, la cámara y hasta la secretaria... Ave María, hombre, yo no sé qué haría sin ella. Yo la tengo desde hace... (hombre, yo soy tan desmemoriado), póngale quince o veinte años, por lo menos. La secretaria fue lo único que conseguí hecho para mi fotografía. Lo demás lo hice yo con mis propias manos, menos la lente, que es con un obturador `Compus` finísimo, 1.45. A mí me gusta trabajar con cosas buenas...”.

Rivillas y su secretaria viven, desde que se conocieron, en el hospedaje Riomar. Allí empezaron a pagar por noche quince pesos, hace quince o veinte años. Ahora están pagando 170 pesos. Los demás, que no son clientes viejos como ellos, pagan 300 pesos.

Después de pedir un nuevo servicio, que consume casi de inmediato, vuelve a hablar de los viejos tiempos. “Yo comencé a trabajar en este oficio porque la vida lo quiso así... Me vine para Medellín por ahí en el año cuarenta y cinco, sin saber nada de fotografía”. Su

hermano, que peluqueaba en el edificio Carré, lo colocó como herramentero en una construcción y después como aprendiz de peluquero. Dejó ambos trabajos por nimiedades. Es un hombre orgulloso y sumamente sensible.

Rivillas se toma otro aguardiente en el momento mismo en que la secretaria vuelve a entrar en la cafetería de doña Juana. Ella se acerca a la mesa poniendo una cara de mujer ofendida y luego dice:

“Le apuesto lo quiera a que hoy también va usted a salir de aquí borracho...”

“Usted me conoció borracho”, contesta Rivillas. “Y así me ha soporado todos estos años...”

La secretaria se va sin decir una palabra. Un minuto después entra un amigo de Rivillas, con los ojos colorados y, apenas lo ve, se acerca a la mesa.

“Hermano, ¿sabés la última?”

“¿Qué?”

“Mataron a El Borracho”.

“No me digás. Qué pesar, hombre. ¿Cuándo fue la vaina?”

“Antenoche”.

Rivillas se pone triste. Luego cuenta que El Borracho era un niño de diez años que se pasaba todo el día y toda la noche merodeando por los bares de Guayaquil, pidiendo aguardiente en todas las mesas, hasta que se dormía de la borrachera. Si no le daban, el muchacho cogía cualquier copa de la mesa, que estuviera llena, y se la tomaba. Después salía corriendo.

“Lo mató un borracho que se puso bravo, en un bar de aquí, de Bolívar... -agrega el amigo- Le dio un botellazo en la cabeza...”

“Pobre Borracho”, dice Rivillas, poniéndose triste. El amigo se va sin tomarse un trago, sacudido todavía por la historia. Está buscando a todos los amigos para contarles.



Rionegro 1939. María Mercedes Quintero Vergara. Fotógrafo: Por identificar. Propietaria: Marta Montoya Vásquez. Archivo: vitzaz.org

“Pobre Borracho”, repite Rivillas. Y después se toma otro aguardiente para seguir contando por qué la vida lo volvió un fotógrafo callejero.

“Mi hermano estaba muy bravo conmigo, pero a los dos o tres días llegó y me dijo: `Ahí le conseguí otro trabajo. Yo creo que ese si le va a gustar...´. Yo le contesté: `A ver, qué hay que hacer´. Y él me dijo: `Se me va ya para la fotografía de don Pedro Nel Guevara, que queda enseguida de la cacharrería La Campana, y le dice a él que va de parte mía”.

“Don Pedro Nel me miró y me colocó ahí mismo. Me pusieron a mostrar las fotos, a dar los precios, a decirle a la gente que pasaba `Siga, por favor´ y a entregar las fotos. Yo empecé a hacer eso, pero me fijaba en todo, hasta que un día los dos hermanos se fueron a ver una corrida de toros y me dejaron solo en la fotografía, después de darme estas instrucciones: `Si alguien llega a hacerse retratar, usted hace que le toma la foto, ósea que le quita la tapa al lente y le hunde a la cámara este botoncito y después le hace el recibo al cliente y le pide la mitad y se la descuenta del total y le pide que madrugue al otro

día para revisar el negativo, a ver si queda bueno, para volver a tomar la foto´. La máquina era una cámara vieja de 13 x 8, de galería, y cada placa creo que tenía 8 fotos. La lente, eso sí me acuerdo, era un `Compus´, como el que yo tengo ahora, finísimo, 1.45”.

Rivillas se sonríe, iluminado por los recuerdos, y luego dice:

“El primer cliente que apareció fue un policía que necesitaba unas fotos, pero de afán, para el otro día por la mañana. Yo le pedí cinco veces más de lo que valía la foto común y corriente y él aceptó el precio. Y como yo ya había visto cómo hacían las fotos los patrones... esa misma tarde me revelaron la placa y los patrones me dijeron que no me había faltado sino un milímetro de enfoque para que me hubiera quedado bien nítida. Se quedaron tan bravos esos tipos conmigo... y ellos, que no le enseñaban a nadie, me enseñaron a tomar fotografías. Yo ya estaba cansado de estar sacudiendo el polvo de los cuadros y de decirle a la gente: `Bien pueda, entre´. Llevaba un año en eso y el sueldo era insignificante. No me faltaba sino perfeccionarme. Y me perfeccioné en la única foto de tiempo que había en Guayaquil. Un tiempo después me dejaron de administrador”.

Rivillas golpea otra vez la mesa con su ropa. El aguardiente llega en las manos de una muchacha que mira al viejo como si fuera una aparición. Y Rivillas sigue hablando.

“Un día leí un aviso en *El Colombiano*. El Directorio Conservador necesitaba un fotógrafo. Yo vi la oportunidad de conseguirme ahí unos pesitos más y me fui con los godos a tomar fotos, porque en la foto me dijeron que me guardaban el puesto. Cuando volví, a los dos o tres meses, ya politizado, y fui a hablar con do Pedro Nel, él me dijo, metiéndole ya política al asunto: ‘Rivillas, nosotros somos liberales. ¿Cómo vamos a poner a administrar la fotografía a un conservador como usted?’. Y me echaron. Ese día decidí comprar mi primera cámara de cajón. Y la compré en vísperas de unas primeras comuniones. Me la vendió un señor Patiño. Le metí plata a los materiales y me fui a estrenarla al municipio de Caldas.

Allá me encontré con otros cuatro fotógrafos y me tuve que retirar a cuatro cuadros de ellos para que no vieran los borrones que yo estaba sacando. Todas las fotos me salieron desenfocadas, pero la gente me las compró. Yo no estaba acostumbrado a trabajar con estas porquerías de cámaras de cajón: en ellas se hace con papel el negativo y después el positivo. Yo estaba acostumbrado a sacar películas en una prensa eléctrica... Hice el debut en caldas y me gradué de fotógrafo viendo salir las fotos: a unos les mochaba los pies, a otros la cabeza y los volvía a cuadrar para repetir las fotos. Después me fui a ver lo que hacían los otros colegas y encontré que había tipos más chambones que yo. Entonces me puse feliz. Ese día quedé graduado de fotógrafo de ponchera, como les decimos en Antioquia”.

Rivillas aún no ha acabado su historia y la secretaria está otra vez ahí, parada junto a la mesa, y mirándolo:

“Ahora sí se emborracho del todo”, dice.

“Mejor dicho, renuncie para no tenerla que echar...”, contesta Rivillas.

La secretaria se va y Rivillas pide otro aguardiente, inundado de una felicidad extraña. Luego dice:



“Después de mi grado, me fui directo para Guayaquil y me paré ahí en esa esquina. Un día, conversando con un hijo de un amigo, que era locutor en la Voz de las Américas, él pasó y me vio lavando unas fotos en una ponchera, y no dijo nada; pero al otro día, en el programa, dijo por la emisora: ‘Vaya donde Rivillas a que le peguen un poncherazo. Rivillas, el mejor fotógrafo de Antioquia’. Eso me dio más ánimo y yo, como fotógrafo graduado, empecé a ponerle cuidado al negocio y a trabajar de frente. Después decidí salir los sábados y domingos a los pueblos. Ahí fui cuando conocí a Samuel Bedoya, alias ‘El Difunto’, y él me invitó para que nos fuéramos para Minas, un pueblo que quedaba a toda la entrada de Amagá.

“Nos fuimos a ‘casear’, o sea a tomar fotos de casa en casa, ofreciendo la fotografía. Teníamos que sacar al niño, hacerlo lavar y peinar y después organizarlo para la retratada. Hasta que un día un arriero nos mamó gallo y nos hizo subir una loma, con ese cajón al hombro, para que retratáramos las hijas, y llegamos a una casa donde no nos compraron ni una foto y nos dijeron, apenas habíamos coronado la cima: ‘No le crean nada a ese charlatán. La única platica que tenemos son dos pesos’. Desde ese día no volví a casear y mi amigo Samuel bedoya, alias ‘El Difunto’, se volvió pintor porque resolvió no volver a tomar fotos. Desde ese día estoy aquí. Y ahora que tengo ya 62 años, menos que me muevo. Qué tal estar andando por ahí, que le dé a uno una maluquera saliendo de un pueblo... La última vez que acepté salir de esta esquina fue por unos amigos que me llevaron a Barbosa. Seguí yendo cada ocho días, pero me conseguía dos mil pesos y me gastaba tres mil en aguardiente. ‘Rivillas, me decían, venga tómesese un aguardiente’. Tuve que suspender eso, porque la cosa se volvió un lío... Imagínese usted, uno salir bien rascado de un pueblo, con ese cajón al honro, y que el chofer diga ‘yo sí lo llevo’ y el ayudante diga que ‘no’”.

Se queda callado durante un instante y luego dice:

“Ahora sí se me llegó la hora de hablarle de las fotos de amor. Tomémonos el último...”.

Y cuando ya tiene entre pecho y espalda el que llama “el último aguardiente”, saca del bolsillo de su saco un sobre lleno de cartulinas.

“Estas son las fotos de amor que yo tomo”, explica, repasando con sus manos amarillas los papeles envejecidos. Y va leyendo frases como éstas:

*Siempre unidos amor mío* (para dos enamorados, o aun cuando no estén enamorados, se toman la foto y ahí se enamoran).

*Tú eres la luz que alumbra mi destino.*

*Si amar es un delito, me condenaría por ti.*

*Sangra mi corazón sólo por ti.*

*Mi corazón te ama y está herido con tu amor.*

(En todas estas fotos hay un corazón atravesado por una espada, la sangre cae a una copa).



Valparaíso 1974. Duque G. y Ligia Arango. Fotógrafo: Por identificar. Propietario: Sergio Duque. Archivo: vitzaz.org

*¿Sabes qué es un beso? Es una oración. ¿Quieres que oremos? (esa es para los tímidos).*

*Iré volando en busca de tu amor (esta paloma lleva una cadenita en el pico, con un corazón: una carta secreta tal vez).*

*Mi corazón te ama y está herido con tu amor.*

*No hagas a un lado a tu amigo viejo, que el amigo nuevo no vale más que el viejo.*

*Si necesitas para amar dos vidas, yo te doy la mitad de mi corazón, la otra mitad no me la pidas, la necesito para amarte yo. (Yo no sé de donde saqué eso. Yo no leo nada. Eso lo saque de una mujer que yo quería mucho y le dio una enfermedad y se murió).*

*Amo la vida porque te amo a ti.*

*Si no me amas dímelo. Mi felicidad eres tú amor mío. No podrás olvidarme.*



Medellín. Carlos Augusto y Juliana Andrea Muñoz. Fotógrafo: Por identificar.  
Propietaria: Juliana Andrea Muñoz. Archivo: vitzaz.org

*Te pescaré amor (esto está escrito en un pez, mejor dicho, no es un pez sino un tiburón).*

*Si me falta tu amor, quiero una tumba (se ve una tumba con una corona de espinas). Siempre te esperaré.*

Rivillas dice que todas esas frases de amor, que están escritas alrededor de un corazón, donde va la foto del cliente que la solicite, se las inventó una vez que se estaba muriendo en el hospital de san Vicente de Paúl, víctima de un infarto, una enfermedad que no le da a los pobres sino cuando tienen “un buen corazón”.

“Vámonos”, dice Rivillas, guardándose en el saco las cartulinas de sus fotos de amor. “Estas son las últimas fotos de amor que se están tomando en Guayaquil. Aprovechen...”.

Dos minutos después está en la esquina de Amador con Alhambra, junto a su cámara de cajón, olvidado ya el guayabo, ya armado de lapicero, tijeras, sobres, toallas, pisapapeles, baldes, tinta roja y hasta un tablero verde “para decorar el fondo”.

“Nosotros estamos prestando un servicio social y ni así nos dejan trabajar”, dice. “Una vez vinieron unos policías, manejados por un teniente, y el teniente dijo: ‘Quiten esas mierdas de aquí, que están estorbando’. Y yo reuní a los fotógrafos que quedamos en esta calle y nombramos una comisión y fuimos donde el teniente y le dijimos: ‘Señor teniente, éstas no son mierdas, éstas son unas cámaras fotográficas, si quiere se las mostramos por dentro...’. Y el teniente se yuvo que aguantar y no volvieron a jodernos”.

Una muchacha de ojos verdes se acerca a Rivillas y le dice: “Tómeme una foto”.

Rivillas la mira, y la muchacha agrega: “Es para un novio que yo tenía y que no le quedó ni una foto mía. Yo quiero regalársela”.

Y Rivillas saca del bolsillo de su saco la colección de cartulinas y escoge una leyenda y le dice a la muchacha:

“Bien pueda siéntese. En cinco minutos se la entrego. Y con esa foto, ese hombre se va a morir y va a volver con usted de rodillas, niña”.

En seguida, Rivillas prepara la cámara, mete la cabeza en el cajón, enfoca la muchacha usando un cristal esmerilado, mueve una varilla, dispara el obturador y... dos minutos después ocurre el milagro:

La foto comienza a aparecer en sus manos en un papel bañado de productos químicos que parecen mágicos y que él guarda en el vientre de la cámara de cajón. Mientras tanto, la secretaria, diligente, le presta ayuda en todas las operaciones. Pero él ya no necesita ayuda porque ya no está enguayabado. La muchacha recibe la foto y se pone muy feliz. Después Rivillas dice:

“Vámonos para La Cueva”.

La Cueva es una cantina situada en Carabobo, a media cuadra de donde Rivillas se pasa todo el día tomando fotos, bajo el sol. El local está empotrado al final de un zaguán oscuro, sórdido. Todas las paredes del negocio, incluido el orinal, están decoradas con cuadros pintados con pintura fosforescente. Por la noche, las figuras y los paisajes de los cuadros brillan con un brillo extraño bajo la luz de las lámparas de luz negra que prende con paciente amor, después de las seis de la tarde, el administrador del bar, Gilberto Zapata.

Zapata es llamado “El Loco” por sus amigos y es un minero de Angelópolis que se pasó media vida metido en las minas de carbón del Suroeste de Antioquia. El hombre llegó a Medellín a administrar el negocio desde hace ya 25 años.

“A mí me gusta venir donde ‘El Loco’ porque él es un alma caritativa con los enguayabados y yo ya estoy enguayabado otra vez. Además ‘El Loco’ me fía”, dice Rivillas.

El local permanece sumido en una penumbra amarilla que no deja adivinar qué hora es. Buena parte de la iluminación proviene de los

cuadros pintados por “El Difunto”, el fotógrafo amigo de Rivillas que un día le propuso ir hasta Minas a tomar dos pesos de retratos.

En la penumbra, los cuadros están llenos de tigres, culebras, leones y caimanes y selvas: parecen llamas.

“Mírelos”, dice Rivillas. “Tienen veinticinco años de pintados. No los hemos dejado tocar. Los pintó ‘El Difunto’ ya se murió. Por eso se van a quedar ahí, por lo menos hasta que esto cambie de dueño...”.

La Cueva es un bar donde uno puede estar tranquilo en medio de ese puerto sin mar y sin río, y ya abandonado, que es Guayaquil, un barrio lleno de gente buena como Rivillas y “El Loco” y lleno también de hampones y atracadores. Un oasis de paz donde el dueño del bar cuida a los clientes y uno puede oír, si quiere, todo el día, “El hijo sin consuelo”, una canción compuesta por Luis Eduardo Echavarría, un cantante triste que vivía en el barrio Aranjuez y que también se murió ya, como “El Difunto”.

“Enguayabado no soy capaz ni de cortar una foto con tijeras”, vuelve a decir Rivillas, sabiéndose el cierre del pantalón, después de regresar del orinal. “Por eso estoy prendido otra vez. Y estando prendido, las fotos me quedan mejor...”

Mientras Rivillas habla, un hombre con la mirada extraviada, parado junto al piano, está pintando el bar del Ruza así, con zeta) en un papel que sostiene en una mano. Un borracho se le acerca por la espalda, mira el papel por encima del hombro y luego le dice:

“Te quedo muy bonito”.

Cuando Rivillas por fin se despidе, en la rocola sigue sonando “El hijo sin consuelo” y en las paredes brillan las pinturas, los tigres, los caimanes, las selvas, los ríos y los leones de los cuadros de “El Difunto”. Brillan a pesar de que apenas son las dos y media de la tarde.

**Medellín, septiembre de 1988. Revista Credencial**

## Poncherazos del siglo XXI



Carmenza Gómez.

Poncherazo tomado en la Feria del Libro de Cali, 2016. Archivo: vitzaz.org



Sandra Posada.

Poncherazo tomado en la Fiesta del Libro de Medellín, 2012. Archivo: vitzaz.org



William Ospina.

Poncherazo tomado en Medellín, 2012. Archivo: vitzaz.org



Luis Alirio Calle.

Poncherazo tomado en Medellín, 2012. Archivo: vitzaz.org



Poncherazo de la Basílica del Señor de los Milagros.  
Buga - Valle del Cauca, 2017. Archivo: vitzaz.org



Poncherazo de La Piedra del Peñol.  
Guatapé - Antioquia, 2017. Archivo: vitzaz.org



Poncherazo del Cerro de Monserrate.  
Bogotá - 2017. Archivo: vitzaz.org



Poncherazo de la Iglesia de Santo Domingo de Guzmán.  
Santo Domingo - Antioquia, 2017. Archivo: vitzaz.org





Poncherazo del Salto del Tequendama.  
Soacha - Cundinamarca, 2017. Archivo: viztaz.org



Poncherazo de la Casa Museo en Soacha - Cundinamarca, 2017.  
Archivo: viztaz.org

#### **Dirección general**

Oscar Botero Giraldo

#### **Coordinación general**

Paula Andrea Ramírez Salazar

#### **Diseño y diagramación**

Johan Andrés Muñoz Cano

#### **Textos**

Juan José Hoyos “Las últimas fotos de amor de Guayaquil”

Jaime Aguilar Maya “La calle de los fotógrafos”

Oscar Botero “El ‘poncherazo’ y su historia”

Mauricio López Rueda “El cuento de *El Poncherazo*”

Felipe Sosa Vargas

#### **Fotógrafos**

Jaime Aguilar, páginas: 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 30, 35.

Digar, página: 26. Archivo Biblioteca Pública Piloto.

León Ruiz, página: 12. Archivo viztaz.org

Verónica Usuga, Jacobo Alzate, Johan Muñoz, páginas: 2, 3, 4, 5, 16, 24, 42, 43, 44, 45, 46. Archivo viztaz.org

Los fotógrafos de los poncherazos antiguos son anónimos, por razón de este tipo de fotografía.

Agradecimiento especial a Juan José Hoyos y Jaime Aguilar por permitirnos publicar en esta recopilación sus cuentos: Las últimas fotos de amor de Guayaquil y La calle de los fotógrafos.

#### **Bibliografía**

Los textos sobre la historia de El Poncherazo son el resultado de la investigación que sobre este tema viene adelantando el Museo Vitztaz desde 2010, en la cual hemos revisado literatura y sobre todo sostenido conversaciones con viejos practicantes de este oficio en la ciudad de Popayán, Santuario de las Lajas - Pasto, Sopetrán, Medellín y Cuenca – Ecuador.

<https://books.google.com.co/books?id=kd8DAAAAMBAJ&pg=RA1-PA120&dq=mandel+camara+free+book&hl=es&sa=X&ved=OahUKEwjK7qnmp3XAhVCneAKHczhCdc-Q6AEIMzAC#v=onepage&q=mandel%20camara%20free%20book&f=false>

<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1913/10/17/019.html>

#### **Publicado en Medellín, Colombia por la Fundación Vitztaz**

Primera edición ISBN 978-958-57237-9-5 - [www.vitztaz.org](http://www.vitztaz.org) - [vitztaz@vitztaz.com.co](mailto:vitztaz@vitztaz.com.co) -

Teléfonos (4) 361 13 14 - Celular. 316/442 47 53 © Fundación Vitztaz 2017.

#### **Todos los derechos reservados.**

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida, en ninguna forma o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros conocidos o por conocer, sin la autorización expresa y por escrito de la Fundación Vitztaz.

Bono de descuento para que te tomes tu  
Poncherazo



Cuando te encuentres El Poncherazo, no importa en qué lugar de Colombia estés, tendremos el gusto de tomarte tu 'poncherazo' por solo **\$10.000\***, con la presentación de este bono. No valido si es impreso desde PDF

**[www.elponcherazo.com](http://www.elponcherazo.com)**

No valido si es impreso desde PDF.

Utilizado